

SAGRADA ESCRITURA Y MORAL CRISTIANA

¿Qué hemos de hacer, hermanos? (Act 2, 37). La pregunta pareció inevitable a los oyentes de Pedro. Sigue siéndolo hoy. Precisamente por eso hemos elegido, para comenzar, el interrogante abierto por aquellos primeros oyentes de la palabra de la Iglesia naciente. Un interrogante enraizado ya en el ministerio terreno de Jesús: *Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?* (Lc 10, 25) ¹.

Tanto el doctor de la ley como los oyentes de Pedro comprenden que hay que hacer algo. Algo distinto de lo que venían haciendo. Esto aparece con claridad en ambos casos. ¿Qué es lo que justificaba o exigía este nuevo quehacer? Se presupone que el doctor de la ley y los oyentes de Pedro vivían ya conforme a unos principios morales. Ahora se dan cuenta, o simplemente intuyen, que el simple obrar moral no introduce al hombre en la verdadera relación con Dios. Esta le ha sido regalada al hombre por Dios y, gracias a ella, tiene la posibilidad del auténtico obrar moral ².

Aquello por lo que preguntan tiene que ser distinto de un simple o complicado catálogo de virtudes o deberes, que es necesario practicar, o de vicios y pecados, que es preciso evitar. Ciertamente encontramos, con cierta frecuencia, dichos catálogos en el Nuevo Testamento, especialmente en el epistolario paulino. Pero sería absolutamente erróneo partir de los catálogos de pecados o de virtudes para determinar la ética paulina. Lo específicamente cristiano no se halla en los catálogos.

¹ Prescindimos aquí de las diferencias existentes entre los tres Sinópticos en el relato de la escena aludida. Creemos que las divergencias han surgido en la transmisión del mismo hecho en ambientes distintos y motivaciones diversas. Cf. R. Schnackenburg, *El Testimonio Moral del Nuevo Testamento* (Madrid 1965) p. 74 ss.

² H. Conzelmann, *Grundriss der Theologie des Neuen Testament* (Ch. Keiser, München 1968) p. 141.